

Gaceta Médica de México

VOLUMEN 98

NOVIEMBRE DE 1968

NÚMERO 11

EDITORIAL

LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA

Hay muchas clases de bibliotecas. Desde la biblioteca infantil donde el libro bien puede sustituirse por otros objetos más adecuados para la comprensión del niño, hasta la biblioteca altamente especializada de cualquier departamento en un instituto de investigación, existe toda una escala de matices en lo que genéricamente se llama biblioteca.

En general la biblioteca, si exceptuamos al coleccionistas de obras raras —que casi nunca lee—, al bibliógrafo maniático, o al que reúne libros por “snob”, constituye un instrumento de trabajo y por tanto, deberá estar adaptada a las necesidades de quienes han de utilizarla y a las exigencias de la labor a desarrollar.

Esta es la razón del por qué cuando se trata de organizar o reunir una biblioteca, máxime si ha de estar vinculada a una institución, se necesita como primer paso definir cuál es el objeto primordial de esa biblioteca y cuáles son los servicios que debe prestar al trabajador que habrá de utilizarla.

En este caso concreto se trata de la vieja biblioteca de nuestra Corporación académica, la cual, después de las muchas vicisitudes, ya conocidas, y de los inevitables vaivenes sufridos en sus cien años de existencia, vuelve, como en ciclo biológico, a empezar de nuevo su vida. Otra vez tenemos los libros que nos pertenecen, legados por nuestros antecesores o adquiridos a lo largo de un siglo, amontonados, mezclados en amorfa reunión y otra vez se plantea ante nosotros la larga tarea de conocerlos, saber cuáles son, catalogarlos y presentarlos a la Academia listos para ser consultados.

Por los mismos avatares sufridos en su larga vida, la biblioteca de la Academia Nacional de Medicina, no es todo lo copiosa y rica que podríamos esperar. Sin embargo, en sus anaqueles tenemos muchas obras valiosas, unas por la misma obra en sí y otras por ese valor inestimable que les da lo que fueron, lo que representaron en su momento o la persona a quien pertenecieron. Y en este momento, cuando varios miles de volúmenes esperan la mano piadosa que habrá de acomodarlos y organizar su existencia, tenemos como primera

tarea, pararnos a pensar cual es el motivo, la razón y el destino que debe orientar el contenido de nuestra biblioteca.

Resulta evidente que la biblioteca de una Academia de Medicina deberá ser principalmente una biblioteca médica sin excluir de sus estantes obras y libros de historia, filosofía, o sociología en general. En cambio, al menos este es nuestro criterio, podrá eliminarse la literatura de ficción, incluso la de autores clásicos, con la sola excepción de aquellos libros literarios dedicados a temas médicos o escritos por médicos sobresalientes en la profesión o en la literatura.

Creemos a su vez, que la biblioteca de una Academia de Medicina al seleccionar sus libros debe mantenerse en cierto nivel elevado, de acuerdo con su propia función académica, dirigida de preferencia al uso de los propios académicos, de investigadores, de profesores universitarios y, en ciertos casos especiales, para alumnos de los últimos cursos de medicina.

Con base en lo anterior surge la pregunta: ¿Qué clase de libros, dentro de las condiciones ya expuestas, son los más recomendables para nuestra biblioteca? En principio, de la misma manera que la Academia Nacional de Medicina, es una institución que abarca todos los intereses de la profesión en sus más amplios y diferentes campos, su biblioteca debe ser una biblioteca médica general, orientada hacia todos los campos médicos, con información suficiente en todos ellos sin mostrar restricción o predominio hacia ninguna especialidad. Su contenido deberá estar formado por tratados, revistas, libros consagrados, obras clásicas y fundamentales, enciclopedias médicas, manuales de consulta, bibliografías y en general, todo aquello que constituye el fondo de conocimientos médicos sólidamente establecidos. No se debe impedir la entrada de libros y trabajos de última hora, que con el tiempo se harán clásicos. Pero será criterio primordial, que una institución centenaria debe saber reflejar en su biblioteca, el contenido de ese siglo de esfuerzos y trabajos, de tal manera, que sirva de respaldo e información para conocer, no el último detalle de revista aparecido en cualquier país lejano, sino la base sólida e inmovible sobre la cual se desarrolla todo el movimiento de la medicina actual.

Tratándose de una corporación como la nuestra, sería imperdonable que la Academia no contase con una sección donde se reúna toda la producción de los miembros académicos aparecida en forma de libros o artículos a lo largo de un siglo. Desgraciadamente, aunque parezca extraño, nuestro caudal de obras académicas propias es bastante escaso. Necesariamente tenemos que emprender una campaña de adquisición de estas obras, fruto de los mismos hombres que han hecho posible los cien años de vida académica y que para nosotros representan su recuerdo vivo, el ejemplo a seguir y son, a su vez, motivo de orgullo para la institución.

Naturalmente, tratándose de este tipo de obras no debe excluirse ninguna, cualquiera que sea su tema o propósito. Los escritos personales de un hombre

suelen ser su más rica fuente autobiográfica, aunque no se escriban con esa intención, y la producción escrita de nuestros antecesores será siempre la más fidedigna historia de sus vidas, sus afanes y su labor.

Se ha considerado por la Comisión de Biblioteca, la conveniencia de constituir en la Academia —máxima y más antigua institución médica del país— el centro informativo más importante sobre la evolución de la medicina mexicana. Por eso es nuestro propósito crear, dentro de la misma biblioteca, una sección de obras históricas relacionadas con la medicina, en la que se pondrá el mayor empeño por conseguir todo lo que trate de historia de la medicina mexicana, bien en forma de libros, grabados o publicaciones de cualquier tipo.

Ahora bien, la biblioteca, en su departamento de libros, puesto que la hemeroteca ya funciona, para empezar a reorganizarse tiene muchos problemas que resolver. Es necesario catalogarla de nuevo; a falta de personal especializado, se ha decidido hacer una primera catalogación simple y puramente orientadora. No se dispone, por el momento, de espacio suficiente para acomodar el número de volúmenes existentes en la actualidad y se precisan estanterías y armarios que recientemente la Mesa Directiva ha mandado construir. Pero, y esto es más importante, los fondos bibliográficos son muy incompletos; sería necesario un esfuerzo conjunto de todos los académicos que bajo forma de donativos entregaran a la Academia libros con los cuales completar muchas de las faltas evidentes que ahora tenemos. Se carece de muchas obras personales, pero también de tratados, libros de conjunto, obras clásicas de diversas especialidades y libros antiguos, fuera de uso actual, pero importantísimos para una biblioteca que pretende representar la vida médica de México durante un siglo.

Esperamos que la iniciativa tenga eco. Mientras tanto, en la modestia actual, se seguirá la labor emprendida. Si la catalogación de la hemeroteca, que parecía obra insuperable, es un hecho consumado, esperamos que pronto, con la ayuda de todos y el entusiasmo de la Mesa Directiva, que en ningún momento regateó el más mínimo apoyo, tendremos una biblioteca nutrida, amplia y digna de la institución a que pertenece.

DR. GERMÁN SOMOLINOS-D'ARDOIS